

CARLO LEVI
Cristo se detuvo
en Éboli

Traducción de CARLOS MANZANO
Con dos escritos de ITALO CALVINO
Y JEAN-PAUL SARTRE

ÍNDICE

NOTA BIOGRÁFICA, 9

EL AUTOR AL EDITOR GIULIO EINAUDI, 13

Cristo se detuvo en Éboli, 17

APÉNDICES

LA PRESENCIA MUTUA DE LOS TIEMPOS
POR ITALO CALVINO, 273

EL UNIVERSAL SINGULAR
POR JEAN-PAUL SARTRE, 277

NOTA BIOGRÁFICA

CARLO LEVI (TURÍN 1902 - ROMA 1975) se había graduado en Medicina en 1923, pero no tardó en abandonar la profesión para dedicarse a la pintura y la literatura. Más fuerte aún se impuso en él la pasión política. Fue alumno de Felice Casorati y durante un viaje a Francia conoció las obras de los *fauves*, de Modigliani y de Soutine y vio en ellas una incitación a la rebelión contra la retórica fascista y la cultura oficial en general. Así, pues, en 1929, formó parte, junto con su maestro Casorati, del grupo de los «seis pintores de Turín» con declarada oposición a los cánones académicos. Colaboró con las revistas de Piero Gobetti, *Energie Nove*, *Il Baretto* y *Rivoluzione liberale*, de intenso anticonformismo cultural; dirigió junto con Nello Rosselli la clandestina *Lotta politica* y, también en 1929 y en París, fundó junto con Gaetano Salvemini, Emilio Lussu, Carlo Rosselli y Alberto Tarchiani el movimiento Giustizia e Libertà.

Su actividad no podía pasar inadvertida a la policía fascista y, antes o después, Levi fue condenado al destierro en Lucania, donde residió en 1935 y 1936, y descubrió el problema meridional. Los médicos locales hicieron que se le prohibiera el ejercicio de la profesión. Para emplear mejor el tiempo, Levi recurrió sobre todo a la pintura retratando a la gente y la naturaleza del lugar. Hasta más adelante no se le ocurrió escribir sobre aquella experiencia de piemontés de la clase de los conquistadores prisionero entre los conquistados, los italianos de serie inferior, durante la ocupación nazi, entre diciembre de 1943 y julio de 1944 en Florencia, adonde

había regresado tras un período pasado en Francia. *Cristo se detuvo en Éboli*, publicado en 1945 por Einaudi, tuvo un éxito enorme, que continúa.

Levi atribuyó el título a la cultura lucana.

Nosotros no somos cristianos —decían—, Cristo se detuvo en Éboli. En su lenguaje, «cristiano» quería decir «hombre» y la frase proverbial que tantas veces oí repetir tal vez no fuera en sus labios otra cosa que la expresión de un desconsolado complejo de inferioridad. Nosotros no somos cristianos, no somos hombres, no se nos considera hombres, sino bestias, bestias de carga, y aún menos que las bestias, que los duendes, los duendecillos, que viven su libre vida diabólica o angélica, porque nosotros debemos, en cambio, padecer el mundo de los cristianos, que están allende el horizonte, y soportar su peso y su comparación.

Según Levi, se pueden calificar las condiciones de vida de los campesinos de Lucania de anteriores a la Historia y a Cristo, que sí se detuvo de verdad en Éboli, donde la carretera y el tren abandonan la costa de Salerno y el mar y se adentran en las desoladas tierras de Lucania; en el libro indican el límite entre dos épocas, la humana y la prehumana. Los campesinos no participan en la Historia, de la que los excluye el sistema social, sobreviven con la única posibilidad de padecer juntos.

Aquella fraternidad pasiva, aquella compasión, aquella resignada y solidaria paciencia secular era el profundo sentimiento común de los campesinos, vínculo no religioso, sino natural. Ellos no tenían, no podían tener, lo que se suele llamar conciencia política, porque eran, en todos los sentidos del término, paganos, no ciudadanos: los dioses del Estado y de la ciudad no podían tener culto entre aquellas arcillas, donde reinaban el lobo y el negro y antiguo jabalí, ni muro alguno separaba el mundo de los hombres del de los animales y los espíritus ni las frondas de los árboles visibles de las oscuras raíces subterráneas.

EL AUTOR AL EDITOR GIULIO EINAUDI

Queridísimo Giulio:

Mi libro Cristo se detuvo en Éboli comienza, como sabes, con estas palabras: «Han pasado muchos años, cargados de guerra y de lo que se suele llamar la Historia». Ahora de nuevo han pasado muchos años, de guerra y de Historia y de cambios de las cosas y los hombres, años tan cargados, densos y renovadores, que no se puede describirlos como números, porque todos sus momentos vivos han sido, como ocurre con las cosas reales, eternos. Y, si tú hoy pones una nueva vestidura a este libro, dieciocho años después de tu primera edición, la del raro papel grisáceo de 1945, cuando tu editorial renacía tras la forzada interrupción de la guerra, la muerte de Leone Ginzburg y la dispersión de todos nosotros, o veinte años después del día en que escribí, sin saber qué sucedería después, aquellas primeras palabras y con ellas comencé a desarrollar, al hilo de la memoria, no solo los acontecimientos del pasado, sino también la infinita y poética contemporaneidad de los tiempos y los destinos, en una casa de Florencia, refugio contra la muerte feroz que recorría las calles de la ciudad, que se había vuelto selva primitiva de sombras y fieras, estos dieciocho, veinte años, tal vez sean una época o tal vez un breve momento.

Entonces todo momento podía ser el último, era en sí el último y el único: no había lugar para adornos, experimentos, literatura, sólo para la verdad real, en las cosas y más allá de ellas y para el amor, siempre

truncado e indefenso, pero capaz de sostener, por sí solo, un mundo que, de lo contrario, se habría deshecho y anulado.

La casa era un refugio; el libro, una defensa activa, que volvía imposible la muerte. Nunca he vuelto a releerlo entero: totalmente objetivado, ha permanecido en mi cabeza como una imagen juvenil de pura energía, indestructible por las cosas sobre las que recaen, melancólicos y amorosos, el juicio y la mirada. Entonces, ¿quién era aquel yo, que vagaba y miraba por primera vez las cosas de otro lugar, oculto como un vástago bajo la corteza del árbol, por entre aquellas arcillas desiertas, en la inmovilidad secular del mundo campesino, ante el fijo ojo de la cabra?

¿No sería también otro, un joven desconocido y aún por hacer, a quien el azar y el tiempo habían llevado hasta allá abajo, ante aquellos ojos animales, aquellos negros ojos de mujeres, de hombres, de niños

*(ojos negros que los llantos
de infinitas vigiliass
han dejado vacíos, mirad
a lo más profundo del alma)*

para que se encontrara en otro lugar, en la alteridad, para que descubriese la Historia fuera de la Historia, el tiempo fuera del tiempo y el dolor antes que las cosas y a sí mismo, fuera del espejo de las aguas de Narciso, en los hombres, en la tierra árida? ¿O era tal vez el mismo de hoy, en su primer acto juvenil —y oculto— de confianza?

Cierto es que la experiencia entera que aquel joven (que tal vez fuese yo) iba viviendo le revelaba en la realidad no solo un país desconocido, lenguajes, trabajos, fatigas, dolores, miserias y costumbres desconocidos, no solo animales y magia, problemas antiguos no resueltos y una fuerza contra el poder, sino también la alteridad presente, la infinita contemporaneidad, la existencia como coexistencia, el individuo como centro de todas las relaciones y un mundo inmóvil de posibilidades infinitas, pero vedadas, la negra adolescencia de los siglos listos para salir

Cristo se detuvo en Éboli

HAN PASADO MUCHOS AÑOS, cargados de guerra y de lo que se suele llamar la Historia. Llevado de aquí para allá por el azar, hasta ahora no he podido mantener la promesa que hice, al despedirme de ellos, a mis campesinos, de volver con ellos y no sé, la verdad, si podré jamás —o cuándo— mantenerla, pero, encerrado en un cuarto y en un mundo cerrado, me resulta grato volver con la memoria a aquel otro mundo, confinado en el dolor y los usos, negado a la Historia y al Estado y eternamente paciente, a aquella tierra mía sin consuelo ni dulzura, donde el campesino vivía, en la miseria y la lejanía, su inmóvil civilización, en un suelo árido y en presencia de la muerte.

—Nosotros no somos cristianos —decían—; Cristo se detuvo en Éboli. —En su lenguaje, «cristiano» quería decir «hombre» y la frase proverbial, que tantas veces oí repetir, tal vez no fuera en sus labios otra cosa que la expresión de un desconsolado complejo de inferioridad—. Nosotros no somos cristianos, no somos hombres, no se nos considera hombres, sino bestias, bestias de carga, y aún menos que las bestias, los duendes, los duendecillos, que viven su libre vida diabólica o angélica, porque nosotros debemos, en cambio, padecer el mundo de los cristianos, que están allende el horizonte, y soportar su peso y su comparación.

Pero esa frase tiene un sentido mucho más profundo, que, como siempre en los modos simbólicos, es el literal. Cristo se detuvo en verdad en Éboli, donde la carretera y el tren abandonan la costa de Salerno y el mar y se adentran por las desoladas tierras de Lucania. Cristo nunca llegó allí ni tampoco el tiempo ni el alma in-

dividual ni la esperanza ni la relación entre las causas y los efectos, la razón y la Historia. Cristo no llegó, como tampoco habían llegado los romanos, que controlaban las grandes vías de comunicación y no se internaban en los montes y los bosques, ni los griegos, que florecían en las riberas de Metaponto y Síbaris: ninguno de los intrépidos hombres de Occidente llevó hasta allí su concepción del tiempo que se mueve ni su teocracia estatal ni su perenne actividad, que crece sobre sí misma. Nadie tocó aquella tierra sino como conquistador o enemigo o visitante incomprensivo. Las estaciones pasan por sobre la fatiga campesina, hoy como tres mil años antes de Cristo: ningún mensaje humano ni divino se dirigió a esa pobreza refractaria. Hablamos un lenguaje diferente: nuestra lengua resulta allí incomprensible. Los grandes viajeros no traspasaron los confines de su propio mundo; recorrieron los senderos de su alma y los del bien y del mal, la moralidad y la redención. Cristo descendió al infierno subterráneo del moralismo hebraico para romper sus puertas en el tiempo y cerrarlas a cal y canto en la eternidad, pero a esa tierra oscura, sin pecado y sin redención, donde el mal no es moral, sino un dolor terrestre, que está para siempre en las cosas, Cristo no bajó. Cristo se detuvo en Éboli.

LLEGUÉ A GAGLIANO UNA tarde de agosto, llevado por un pequeño automóvil descuajeringado. Tenía las manos atadas e iba acompañado por dos robustos representantes del Estado, con rayas rojas en los pantalones y caras inexpresivas. Llegaba de mala gana, preparado para verlo todo feo, porque había tenido que abandonar, por una orden repentina, Grassano, donde antes vivía y donde había aprendido a conocer la Lucania. Había sido fatigoso desde el principio. Grassano, como todos los pueblos de allí, era blanco y estaba situado en la cima de un alto monte desolado, como una pequeña Jerusalén imaginaria en la soledad de un desierto. Me gustaba subir a la cima del pueblo, hasta la iglesia azotada por el viento, donde el ojo abarcaba en todas las direcciones un horizonte inmenso, idéntico en derredor. Era como estar en medio de un mar de tierra blancuzca, monótona y sin árboles, con pueblos blancos y lejanos —Irsina, Craco, Montalbano, Salandra, Pisticci, Grottole, Ferrandina—, todos en la cumbre de su monte, y las tierras y las grutas de los bandidos hasta allá, al fondo, donde tal vez estuvieran el mar, Metaponto y Taranto. Me parecía haber intuido la oscura virtud de aquella tierra desnuda y había empezado a amarla, por lo que me desagradaba cambiar. Es propio de mi naturaleza sentir como dolorosos los alejamientos, razón por la cual no sentía buena disposición para con el nuevo pueblo donde debía resignarme a vivir. En cambio, me animaba el viaje, la posibilidad de ver aquellos lugares sobre los que tantos relatos había oído y que me representaba con la imaginación, allende los montes que cierran el valle del Basento. Pasamos por encima del barranco por

el que un año antes se había precipitado la banda de Grassano, que volvía a las tantas de la noche, después de haber tocado en la plaza de Accettura. Desde entonces los muertos intérpretes se volvían a encontrar a medianoche, en el fondo del barranco y tocaban sus trompetas y los pastores, presa de un terror reverencial, evitaban aquellos parajes, pero, cuando pasamos por allí, era un día claro, brillaba el sol, el viento africano quemaba la tierra y ningún sonido llegaba de las arcillas.

En San Mauro Forte, un poco más arriba en el monte, vería también, a la entrada del pueblo, los palos en los que durante años se colgaron las cabezas de los bandidos y después entraríamos en el bosque de Accettura, uno de los pocos que quedaban de la selva que cubría toda la región de Lucania. *Lucus a non lucendo*, en verdad, en aquel momento: la Lucania, la tierra de los bosques, estaba toda yerma y volver a ver por fin árboles, el frescor del sotobosque, la hierba verde y el perfume de las hojas era, para mí, como una viaje al país de las hadas. Aquel era el reino de los bandidos y aún entonces, tan solo por el lejano recuerdo, se sentía un curioso temor al atravesarlo, pero era un reino bastante pequeño y se tardaba muy poco en abandonarlo para subir a Stigliano, en cuya plaza llevaba siglos el viejísimo cuervo Marco, como un dios local, y revoloteaba, negro, sobre las piedras. Después de Stigliano, se bajaba al valle del Sauro, con su gran lecho de guijarros blancos y el hermoso olivar del príncipe Colonna en la isla en la que un batallón de *bersaglieri* fue aniquilado por los bandidos de Boryes, que marchaban hacia Potenza. Allí, al llegar a una encrucijada, se abandonaba la carretera que llevaba al valle del Agri y se tomaba a la izquierda una carreterita, hecha hacía pocos años.

¡Adiós, Grassano! ¡Adiós, tierras vistas desde lejos o imaginadas! Estábamos al otro lado de los montes y subimos dando bandazos a Gagliano, que hasta hacía poco no había conocido la rueda. La carretera acababa en Gagliano. Todo me resultaba desagradable: a primera vista, no parecía un pueblo, sino un pequeño conjunto de

casitas dispersas, blancas, con cierta pretensión dentro de su miseria. No estaba en la cumbre del monte, como todos los demás, sino como en un collado irregular en medio de profundos barrancos pintorescos y, a primera vista, no tenía el aspecto severo y terrible de todos los demás pueblos de por allí. Por la parte por la que se llegaba, había algún árbol, un poco de verde, pero precisamente esa falta de carácter me desagradaba. Estaba acostumbrado a la seriedad desnuda y dramática de Grassano, a sus enlucidos de cal decrépitos y a su triste recogimiento misterioso y me parecía que aquel aire de campo con el que se me presentaba Gagliano resultaba falso en aquella tierra que nunca era un campo. Y, además, tal vez fuera vanidad, pero me parecía incoherente que el lugar donde iba a verme obligado a vivir no tuviera un aire de construcción, sino que fuese disperso y casi acogedor, así como al preso le resulta más consoladora una celda con rejas exuberantes y retóricas que una que se parezca aparentemente a un cuarto normal, pero mi primera impresión era solo parcialmente fundada.

Tras apearme y ser entregado al Secretario del Ayuntamiento, hombre flaco y seco, duro de oído, con bigote negro en punta bajo un rostro amarillo y chaqueta de cazador, ser presentado al alcalde y al sargento de los *carabinieri* y después de despedirme de mis custodios, que se apresuraban a partir de nuevo, me quedé solo en el medio de la carretera. Entonces advertí que, al llegar, no se veía el pueblo porque bajaba serpenteando como un gusano en torno a una única calle muy empinada, por el estrecho margen de dos barrancos, y después volvía a subir y a bajar, tras otros dos barrancos, y acababa en el vacío. Ya no se veía el campo que había yo vislumbrado al llegar y no había otra cosa por doquier que precipicios de arcilla blanca, sobre los cuales las casas estaban como suspendidas en el aire y en derredor más arcilla blanca, sin árboles y sin hierba, en la que las aguas habían excavado hoyos, conos y pendientes de aspecto maligno, como un paisaje lunar. Las puertas de casi todas las casas, que parecían en equilibrio inestable sobre el abismo, a

punto de desplomarse y llenas de grietas, estaban curiosamente enmarcadas por estandartes negros, algunos nuevos, otros desteñidos por el sol y la lluvia, por lo que todo el pueblo parecía de luto o embanderado para una fiesta de la Muerte. Más adelante me enteré de que se acostumbraba a poner aquellos estandartes sobre las puertas de las casas en las que había muerto alguien y que no solían quitar hasta que el tiempo los hubiera blanqueado.

En el pueblo no había tiendas propiamente dichas ni hotel. En espera de encontrar una casa, el Secretario me había dirigido a la de una cuñada suya viuda, que tenía una habitación para los escasos viajeros de paso y también me daría de comer. Era una de las primeras casas del pueblo y quedaba a pocos pasos del Ayuntamiento. Así, antes de echar una ojeada más detallada a mi nueva residencia, entré en la casa de la viuda, por una de las puertas enlutadas, con mis maletas y mi perro Barone, y me senté en la cocina. Miles de moscas ennegrecían el aire y cubrían las paredes: un viejo perro canelo estaba tendido en el suelo, rebosante de aburrimiento secular. El mismo aburrimiento y una expresión de disgusto, injusticia padecida y horror marcaban la cara pálida de la viuda, mujer de mediana edad que no llevaba el traje campesino, sino la ropa propia de los señores y un velo negro en la cabeza. El marido había muerto tres años antes: de una muerte horrible. Había sido atraído por una bruja campesina con filtros amorosos y se había hecho su amante. Había nacido una niña y, como en aquel momento él había querido cortar la relación pecaminosa, la bruja le había dado un filtro para que se muriera. La enfermedad había sido larga y misteriosa, los médicos no sabían qué nombre darle. El hombre había perdido las fuerzas y el rostro se le había oscurecido hasta que la piel se le volvió del color del bronce, cada vez más negra, y se murió. La mujer, una señora, había quedado sola con un niño de diez años y poco dinero, con el que debía arreglárselas para vivir. Por eso alquilaba la habitación: su condición era, así, intermedia entre la de los señores y la de los campesinos; tenía a

un tiempo, de unos y otros, los modales y la pobreza. El niño había sido internado en un colegio de curas, en Potenza, y ahora estaba en casa por las vacaciones: silencioso, obediente y dócil, ya marcado por la educación religiosa, con el pelo liso y el trajecito gris del colegio abotonado hasta el cuello.

Hacía poco que me encontraba en la cocina de la viuda y estaba haciéndole las primeras preguntas sobre el pueblo, cuando llamaron a la puerta y unos campesinos pidieron, tímidos, permiso para entrar. Eran siete u ocho, vestidos de negro, con ojos negros cargados de particular gravedad y tocados con sombreros negros.

—¿Es usted el doctor que acaba de llegar? —me preguntaron—. Venga, que hay alguien que se encuentra mal.

Se habían enterado en seguida de mi llegada en el Ayuntamiento y habían oído decir que yo era médico. Dije que lo era, pero hacía muchos años que no ejercía y seguro que existía un médico en el pueblo y que lo llamaran a él, por lo que no los acompañaría. Me respondieron que en el pueblo no había médicos y que su compañero se estaba muriendo.

—¿Es posible que no haya un médico?

—No lo hay.

Me sentía muy violento: no sabía, la verdad, si estaría en condiciones, después de tantos años de no haber ejercido la medicina, de ser de alguna utilidad, pero, ¿cómo podía resistirme a sus súplicas? Uno de ellos, un viejo de pelo blanco, se me acercó y me tomó la mano para besarla. Creo que di un paso atrás y enrojecí de vergüenza, aquella primera vez como todas las demás, durante aquel año, en que otros campesinos repitieron el mismo gesto. ¿Sería imploración o un resto de homenaje feudal? Me levanté y los seguí hasta la casa del enfermo.

La casa quedaba cerca. El enfermo estaba tumbado en el suelo, junto a la puerta, en una camilla improvisada, del todo vestido, con zapatos y sombrero. El cuarto estaba oscuro, a duras penas podía yo distinguir, en la penumbra, a unas campesinas que se

APÉNDICES

LA PRESENCIA MUTUA DE LOS TIEMPOS

por ITALO CALVINO

Un libro con el que se debe comenzar toda intervención sobre el Carlo Levi escritor es *Miedo a la libertad*, el primero que escribió (si bien no lo publicó hasta una decena de años después, cuando era ya famoso como autor de *Cristo se detuvo en Éboli*), un tipo de libro poco frecuente en nuestra literatura, encaminado a proponer las grandes líneas de una concepción del mundo, de una reinterpretación de la Historia. Carlo Levi lo escribió en una época trágica de la historia de Europa, en 1939 y 1940, cuando estaba exiliado en Francia. Nunca como entonces, en aquel negro escenario de apocalipsis, el proverbial optimismo de Carlo Levi había tenido tanta combatividad y tanto significado: porque lo vemos como un optimismo debido a una calma interior, como un estilo, y la clasicidad de la palabra se realiza frente a una materia que es tragedia, caos, catástrofe. La meditación de Levi se basa en la oposición entre *lo sagrado* y *lo religioso*, una de esas sencillas oposiciones que en tantas otras ocasiones posteriores inventaría para clasificar la realidad, y de ella cobra fuerza una selva de figuras alegóricas, de animales, de símbolos: en la forzada alusividad y reticencia que la situación exterior imponía, la temperatura mágica del libro se carga y la escritura sostenida con tono elevado, evocador, hierático, desempeña su función, es una sola cosa con su objeto.

Dicho libro tiene un alto nivel intelectual, se respira en él la cultura europea en que Carlo Levi había hundido sus raíces, la

cultura europea, digamos, hasta aquella época, hasta la Segunda Guerra Mundial; se siente la pasión por recomponer todos los datos de un razonamiento coherente y aún no el temor a quebrar la armonía de una disposición con nuevas adquisiciones, con nuevas impugnaciones; aún no, en una palabra, la olímpica autosatisfacción cultural que Carlo Levi forjó para sí como una coraza contra tantos aspectos de los problemas contemporáneos. Con *Miedo a la libertad* la pasión de la inteligencia en un momento de fracaso general mueve a englobar y clasificar instituciones, mitos, personajes históricos, movimientos profundos del alma humana. Esa clase de razonamiento intelectual, de interpretación general continuaría circulando después por los escritos de Carlo Levi, pero en *Miedo a la libertad* es donde está animada por una fuerza continua, mientras que en *El reloj*, otra narración de un momento de crisis, la exposición va distribuida entre diversos personajes, se vuelve como un complejo diálogo filosófico. (Pero *El reloj* merece un puesto diferente en la valoración de la obra de Carlo Levi: es su libro más construido, más *escrito*, sobre todo en el comienzo, y contiene algunas de sus páginas más bellas, vivas y complejas).

De ese núcleo teórico conviene partir para examinar la obra de Levi directamente vinculada con el testimonio de nuestro tiempo. Es que testimonios de nuestro tiempo hay muchos y la peculiaridad de Carlo Levi radica en esto: que él es el testimonio de la presencia de otro tiempo dentro de nuestro tiempo, es el embajador de otro mundo dentro de nuestro mundo. Podemos definir ese mundo como el que vive fuera de la Historia frente al que vive en la Historia. Naturalmente, se trata de una definición exterior; es, digamos, la situación de partida de la obra de Carlo Levi: el protagonista de *Cristo se detuvo en Éboli* es un hombre comprometido con la Historia que llega a encontrarse en el corazón de un sur hechicero, mágico, y ve que las que para él eran las razones en juego allí carecían de valor, entraban en juego otras razones, otras oposiciones al mismo tiempo más complejas y más elementales.

EL UNIVERSAL SINGULAR

por JEAN-PAUL SARTRE

Cuando encontramos a Carlo Levi —en Moscú, en Nueva York, en París—, nos vemos asaltados al instante por una contradicción extraña: se encuentre donde se encuentre, sigue siendo el más romano de los romanos, por lo que podría parecernos que ni siquiera ha abandonado Roma o que la ha llevado consigo —semejante, a ese respecto, a la mayoría de los italianos—, pero en el mismo momento parece encontrarse —y en eso difiere de ellos— por doquier *en su propia casa*. No por arrogancia, desde luego, ni por insolencia, sino en virtud de algo así como una adaptación natural de su personalísima vida a la vida cotidiana de las masas: ya sean soviéticas, indias o francesas. El origen de semejante sensibilidad, tan aguda como para permitirle regular el paso con el de los hombres que lo rodean, sentirse completamente a sus anchas en una calle extranjera —más quizá que en su propio piso—, es la pasión por vivir, pero se debe decir más bien la pasión *por la vida*, ya que su singular existencia no puede realizarse sino mediante una como curiosidad amorosa por todas las formas humanas de lo *vivido*. Desde luego, es un hombre de cultura, un hombre de saber, esa curiosidad suya se apoya siempre en el conocimiento, pero para alcanzar algo que está allende o aquende el saber, para alcanzar lo fundamental, es decir, la experiencia concreta e inicialmente incomunicable de toda situación. Conoce bastante bien la historia de la URSS y las estructuras de la sociedad socialista, pero lo que intenta captar, mediante

no sé qué antenas, es el modo como un intelectual o un obrero de Moscú *vive* su condición de ciudadano soviético. Todo le resulta útil para lograrlo, pero, ante todo, los menores incidentes que, con su concreta opacidad, se suceden inadvertidos ante los ojos de la mayoría de nosotros. Por esa razón lo oímos continuamente narrar cosas que otros llamarían anécdotas. Se trata a veces de un pormenor, de un gesto vislumbrado, de una simple aparición. (A las tres de la mañana unas jóvenes bellas y elegantes, montadas en un coche deportivo, daban vueltas en torno a la desierta Piazza del Popolo, tres de pie y la cuarta al volante, gritando, entre sonoras carcajadas, insultos obscenos al sexo masculino).

Pero, todas las veces, tras la irreductible singularidad del suceso contado, se puede vislumbrar todo un mundo —*nuestro* mundo— en la medida en que se expresa y se produce con la cualidad fugitiva de una presencia al instante desaparecida. Daré a todo ello el nombre de *sentido*, en contraposición a los *significados*. El sentido o la encarnación del todo en cada una de sus partes: eso es lo que confiere a los razonamientos de Carlo Levi una fascinación inimitable. Que ese hombre tan excepcional te cuente con *su* voz, *sus* entonaciones, *su* fisionomía, *su* astuta distancia —suyas e irrepetibles—, una aventura efímera vista por él nacer y morir en un instante es una singularidad seleccionada a partir de otra singularidad, y, entretanto Roma está ahí entera, inasible, opaca y presente: *vivida* en su indescomponible totalidad.

Ahora bien, discernir «naturaleza» y «cultura» no es posible: los propósitos del escritor no se distinguen de los del hombre. Ser uno mismo, para Levi, significa reducir lo universal a lo singular. Así, pues, hay que comprender que, como narrador, se ha situado en el mismo nudo de contradicciones que revela su vida y que Merleau-Ponty describía con estos términos: «Nuestros cuerpos están presos en la trama del mundo, pero el mundo está hecho con la tela de mi cuerpo».